



MERLÍN Y LA NOCHE OSCURA DEL ALMA

Cómo atravesar la oscuridad, transformar el miedo y volver a encontrar tu verdadero camino

ALBERTO LAJAS

© ALBERTO LAJAS
MERLÍN Y LA NOCHE OSCURA DEL ALMA

centrolajasinternacional@gmail.com

www.albertolajasescritor.com

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

DEDICATORIA

A ti, aprendiz, que has llegado hasta estas páginas quizá sin saber exactamente qué estabas buscando.

Si has abierto este libro en un momento de oscuridad, de dudas o de incertidumbre, no temas. La noche no ha venido para perderte. Ha venido para mostrarte aquello que la luz no te permitía ver.

Caminaré contigo mientras dure el viaje. No para llevarte de la mano, sino para enseñarte a encontrar tu propio camino.

Escucha el silencio. Observa las señales. Confía en lo que despierta dentro de ti.

Y recuerda, aprendiz: ninguna noche es eterna cuando el alma recuerda quién es.

— Merlín

Índice

PRÓLOGO

PARTE I — EL BOSQUE OSCURO

1. Cuando el aprendiz deja de reconocerse
2. La noche en la que desaparecen los caminos
3. El silencio de los dioses

PARTE II — LA ALQUIMIA DE LA OSCURIDAD

4. El secreto de la Nigredo
5. Lo que debe morir
6. El fuego secreto

PARTE III — LAS ENSEÑANZAS DEL DRUIDA

7. Lo que los árboles saben de la oscuridad
8. Las cuatro fuerzas del aprendiz
9. Las runas del camino perdido

PARTE IV — LA PRUEBA DEL APRENDIZ

10. El espejo de Merlín
11. La puerta que solo se abre desde dentro
12. El último día de la noche

EPÍLOGO

El amanecer del aprendiz

PRÓLOGO

Si estás leyendo estas palabras, es que ya has comenzado el viaje. Permíteme presentarme. Soy Merlín.

Quizá me hayas conocido a través de las historias que durante siglos han hablado de mí. Quizá hayas pensado que pertenezco a un tiempo remoto, a los bosques antiguos, a las leyendas de los druidas y a los relatos que los hombres han contado alrededor del fuego.

Y quizá tengas razón. Pero hay algo que todavía no sabes. El tiempo no es una prisión para quien ha aprendido a caminar entre sus misterios. Por eso estoy aquí. Una vez más.

Y esta vez no vengo a hablarte de castillos, de reyes ni de batallas. Tampoco vengo a enseñarte los secretos de la magia como si fueran simples fórmulas que pudieras aprender de memoria. Vengo a hablarte de ti.

De ti y de todos aquellos que, en este preciso momento, están caminando por un bosque oscuro sin comprender por qué han perdido el camino.

Durante mucho tiempo he observado vuestra humanidad. He observado vuestros avances, vuestros descubrimientos, vuestras máquinas, vuestras ciudades y vuestra extraordinaria capacidad para transformar el mundo. Habéis creado herramientas capaces de llevar vuestra voz hasta el otro extremo del planeta en un instante.

Podéis contemplar el rostro de una persona que se encuentra a miles de kilómetros. Podéis acceder, en unos segundos, a más conocimiento del que un sabio de la antigüedad habría podido reunir durante toda una vida. Y, sin embargo... algo se ha perdido por el camino.

Os habéis acostumbrado tanto a mirar las pantallas que habéis comenzado a dejar de miraros a los ojos.

Ya no son tan frecuentes aquellas conversaciones familiares que podían durar horas sin que nadie necesitara consultar un teléfono.

Ya no es tan habitual reunirse simplemente para hablar, caminar por el campo, contemplar un árbol, escuchar el viento o sentarse junto a otras personas sin necesidad de registrar el momento en una pantalla.

Incluso en un autobús, en un tren o en una sala de espera, donde antes dos desconocidos podían comenzar una conversación hablando del tiempo, del viaje o de cualquier pequeña cosa, hoy muchos permanecen inmóviles, con la mirada atrapada en un pequeño rectángulo luminoso.

No os culpo. La tecnología no es vuestro enemigo. Pero una herramienta puede convertirse en una cadena cuando olvidáis que sois vosotros quienes debéis utilizarla.

Y mientras vuestra atención ha sido conquistada por las pantallas, muchas otras cosas han ocurrido silenciosamente.

Millones de seres humanos viven preocupados por llegar a fin de mes. Millones sienten que trabajan más y viven menos.

Millones contemplan cómo aumenta la distancia entre quienes poseen grandes riquezas y quienes apenas pueden sostener una vida digna.

Y mientras tanto, en muchos lugares del mundo, la corrupción, el abuso del poder, los intereses económicos y las decisiones de quienes gobiernan han alimentado una sensación cada vez mayor de desconfianza y desamparo.

No hablo únicamente de un país. No hablo únicamente de España. Hablo de una enfermedad que atraviesa muchas sociedades de nuestro tiempo: la pérdida de humanidad.

No estoy aquí para juzgar a vuestros gobernantes. No necesito hacerlo. Los actos hablan por quienes los realizan.

Pero sí quiero que comprendas algo, aprendiz: cuando una persona siente que no controla su vida, cuando trabaja sin encontrar sentido, cuando se siente sola aun estando rodeada de personas, cuando deja de disfrutar de aquello que antes amaba, cuando mira hacia el futuro y no encuentra ningún camino que le ilusione... algo comienza a apagar-se en su interior.

Y es entonces cuando muchos creen que están rotos. Algunos piensan que se han vuelto débiles. Otros creen que han fracasado.

Algunos llegan incluso a pensar que están enfermos de una tristeza de la que jamás podrán escapar. Y otros, sencillamente, comienzan a preguntarse por qué están cansados de vivir.

Pero escucha atentamente mis palabras, aprendiz. No todo aquel que atraviesa una profunda oscuridad está perdido.

Hay noches que no vienen para destruirte. Hay noches que vienen para transformarte. A esa noche yo la llamo **la Noche Oscura del Alma**.

Y precisamente por eso he elegido comenzar esta gran obra con este libro. Porque antes de hablarte de abundancia, de amor, de éxito, de deseos, de energía, de intuición, de destino o de los grandes misterios que todavía aguardan en los diecinueve libros que seguirán a este... debes aprender a atravesar tu propia oscuridad.

No puedes construir una nueva vida sobre los restos de una identidad que ya no te pertenece. No puedes encontrar un nuevo camino mientras sigues aferrado al antiguo.

Y no puedes escuchar la voz de tu alma mientras el ruido del mundo ocupa todo el espacio de tu interior.

Por eso estos veinte libros no serán veinte libros independientes. Serán **veinte puertas**. Veinte enseñanzas. Veinte iniciaciones.

En cada una encontrarás una parte de la sabiduría que he guardado durante siglos: las enseñanzas de la naturaleza, los antiguos símbolos, las runas, la alquimia, los ciclos de la vida, los elementos, los secretos de la energía y aquellas verdades que solamente pueden comprenderse cuando uno deja de buscar respuestas fuera y comienza a escuchar dentro.

Pero no quiero que seas un simple lector. Quiero que seas mi aprendiz. Quiero que leas estas páginas como quien entra en un antiguo bosque sin saber exactamente qué encontrará al otro lado. Habrá enseñanzas. Habrá símbolos. Habrá ejercicios. Habrá pruebas...

Y habrá momentos en los que quizá alguna de mis palabras te incomode. No apartes entonces la mirada. A veces, la verdad no llega para acariciarnos. Llega para despertarnos.

Y antes de continuar, debo da mi agradecimiento a alguien muy especial para mí. Porque si estas palabras han llegado hasta tus manos, no ha sido únicamente por mi voluntad.

Durante mucho tiempo he buscado un hombre dispuesto a prestar su voz a esta misión. Un hombre que pudiera convertirse, una vez más, en mi canal, en mi portavoz y, si me permites decirlo así, en mis manos dentro de vuestro mundo. Ese hombre es Alberto Lajas, mi alumno y iniciado avanzado.

Le agradezco profundamente que haya aceptado una vez más servir de puente. Él pone las palabras sobre el papel. Pero la misión es mucho más antigua que este libro. Y quizá también lo sea nuestra conversación. Alberto no será el protagonista de estas páginas. Lo serás tú. Él solamente abre la puerta. Tú decides si quieres entrar.

Y ahora que has llegado hasta aquí, quizá comprendas por qué este debía ser el primer libro. Porque antes de enseñarte a manifestar aquello que deseas, debo enseñarte a descubrir qué deseas realmente.

Antes de hablarte de abundancia, debo ayudarte a comprender qué significa sentirte verdaderamente abundante. Antes de enseñarte a transformar tu realidad, debes comprender qué parte de ti necesita transformarse. Y antes de mostrarte la luz...debo acompañarte a través de la oscuridad.

No tengas miedo. He recorrido ese bosque muchas veces. Conozco sus senderos. Conozco sus silencios. Conozco sus criaturas. Y conozco también el lugar donde comienza a amanecer. Así que respira profundamente, aprendiz.

Deja por un momento el ruido del mundo. Apaga, si puedes, la pantalla que tienes delante. Mira a tu alrededor. Escucha. Y pregúntate, sin miedo: ¿Quién soy ahora? No respondas todavía. El viaje acaba de comenzar.

— **Merlín**



PARTE I

EL BOSQUE OSCURO



CAPITULO 1. CUANDO EL APRENDIZ DEJA DE RECONOCERSE



Querido aprendiz, estoy feliz de dar comienzo a esta colección de veinte libros. Deseo decirte algo importante al comenzar este primer libro. Hay un momento en la vida en el que puedes mirarte al espejo y reconocer perfectamente tu rostro y, sin embargo, sentir que el hombre o la mujer que te devuelve la mirada ya no eres tú.

No hablo de tu cuerpo. No hablo de tus cabellos, de las líneas que el tiempo ha dibujado alrededor de tus ojos ni de las marcas que las experiencias han dejado sobre tu piel.

Hablo de algo mucho más profundo. Hablo de ese extraño instante en el que descubres que aquello que durante años te definió ya no consigue hacerlo. Tu trabajo. Tus proyectos. Tus relaciones. Tus costumbres. Tus sueños. Incluso algunas de las cosas que durante mucho tiempo creíste amar. Todo puede continuar aparentemente en su sitio y, sin embargo, dentro de ti algo ha cambiado.

Y entonces comienzas a hacerte preguntas: ¿qué me está pasando? ¿Por qué ya no soy el mismo? ¿Dónde está la persona que fui?

Algunos aprendices llegan hasta mí buscando una respuesta inmediata. Quieren que les diga qué deben hacer. Quieren una fórmula, un ritual, una palabra secreta, una runa que puedan colocar sobre su mesa, un talismán que puedan llevar alrededor del cuello.

Pero yo les digo: antes de buscar una respuesta, debes aprender a escuchar la pregunta.

Porque quizá la pregunta no sea: «¿cómo vuelvo a ser quien era?». Quizá la verdadera pregunta sea: «**¿Por qué quiero volver a ser quien ya no soy?**». Esta es una de las primeras puertas que tendrás que atravesar. Y no es una puerta sencilla.

Durante siglos he observado cómo los seres humanos intentan conservar identidades que ya han terminado su ciclo. Un hombre puede pasar veinte años siendo aquello que los demás esperan de él. Una mujer puede dedicar gran parte de su vida a cuidar, complacer, trabajar, sostener y cumplir con todos los papeles que le han sido asignados. Una persona puede construir una carrera, una familia, una reputación, una imagen, un nombre.

Y un día, sin que aparentemente haya ocurrido nada extraordinario, despertar y sentir: «esto ya no me representa.» Entonces aparece el miedo. Porque es mucho más fácil saber quién eres cuando tienes una respuesta preparada: “soy esto”, “trabajo de esto”, “estoy con esta persona”, “quiero conseguir aquello”, “creo en esto”, “mi vida es esta”...

Las palabras parecen proporcionarnos seguridad. Pero llega un momento en que la vida puede retirar una a una esas etiquetas. Y cuando desaparecen, algunos creen que también han desaparecido ellos.

No es así. Tú no eres las etiquetas que utilizaste para describirte. Eres mucho más antiguo que ellas. Mucho más profundo. Mucho más misterioso. Por eso quiero enseñarte algo que los antiguos alquimistas conocían muy bien: alquimia espiritual.

Para transformar una materia, primero había que destruir su antigua forma. La alquimia llamaba a esa primera etapa **Nigredo**. La materia entraba en la oscuridad. Lo viejo se descomponía. La forma anterior dejaba de existir. Y desde fuera, para quien no conociera el proceso, aquello podía parecer una ruina.

Pero el alquimista sabía algo que el ignorante desconocía: **la destrucción de una forma no significa necesariamente la destrucción de su esencia**. Guarda estas palabras. Porque algún día las necesitarás. Quizá las necesites ahora.

Tal vez estés atravesando un momento en el que aquello que antes te sostenía ya no te sostiene. Tal vez hayas perdido una relación. Tal vez hayas cambiado de trabajo. Tal vez tus hijos hayan crecido. Tal vez tu cuerpo ya no responda como antes. Tal vez hayas conseguido aquello que durante años perseguías y, cuando finalmente lo alcanzaste, hayas descubierto que no te hacía feliz.

Tal vez hayas cumplido todos los sueños que otros tenían para ti y hayas descubierto que ninguno era realmente tuyo. O quizá no exista una razón concreta. Y eso puede ser todavía más desconcertante.

Te levantas. Desayunas. Trabajas. Hablas. Sonríes. Cumples. Y, sin embargo, en algún lugar profundo de ti existe una pregunta que no desaparece: “ y ahora qué? “ No huyas de esa pregunta. Si has llegado hasta ella, escucha. Porque hay preguntas que no aparecen para atormentarnos. **Aparecen para abrir una puerta.**

Yo he visto a muchos aprendices intentar cerrar esa puerta. Se llenan la vida de ruido: más trabajo, más entretenimiento, más compras, más pantallas, más conversaciones superficiales, más obligaciones, más cosas que hacer. No porque sean felices. Sino porque tienen miedo de quedarse a solas con aquello que sienten.

Pero la oscuridad tiene una particularidad, aprendiz: cuanto más corres dentro de ella, menos ves.

Cuando te detienes, tus ojos comienzan lentamente a acostumbrarse. Entonces descubres que no estabas tan solo como creías. Había formas en la oscuridad. Había árboles. Había senderos. Había estrellas. Siempre habían estado allí. Simplemente no podías verlos porque estabas corriendo.

Por eso no voy a pedirte que recuperes inmediatamente la ilusión. No voy a decirte que sonrías. No voy a decirte que pienses en positivo. Y tampoco voy a pedirte que finjas que todo está bien.

Eso sería una enseñanza demasiado pequeña para una noche tan grande. Te pediré algo mucho más difícil: permítete no saber. Permítete reconocer que quizá todavía no sabes quién eres. Permítete admitir que algunas cosas ya no te llenan. Permítete observar tus contradicciones. Permítete sentir tristeza sin convertirla inmediatamente en una sentencia sobre tu futuro.

Y, sobre todo, no confundas una etapa de oscuridad con el final de tu historia. Cuando un árbol pierde sus hojas, ¿acaso dices que ha muerto? No. Sabes que está atravesando un ciclo.

Cuando llega el invierno, ¿acaso acusas a la tierra de haber olvidado cómo florecer? No. Sabes esperar. Pero cuando el invierno llega al corazón humano, exigís primavera inmediata.

Queréis estar bien mañana. Queréis tener respuestas mañana. Queréis volver a ser quienes erais mañana. Y cuando no sucede, os desesperáis.

Aprendiz... la naturaleza jamás tiene prisa. Aprende de ella. Quizá tú tampoco estés llamado a recuperar a la persona que eras. Quizá estés llamado a conocer a la persona que todavía no has sido. Y esa persona puede darte miedo. Porque lo desconocido siempre da miedo.

Pero recuerda: ningún maestro puede enseñar al aprendiz aquello que el aprendiz insiste en creer que ya sabe. Así comienza nuestra primera lección.

No tienes que encontrarte. Todavía no. Primero tienes que permitirte reconocer que te has perdido. Porque solamente quien reconoce que no conoce el camino puede comenzar a buscarlo. Y si ahora mismo estás viviendo ese momento...quédate conmigo. No cierres este libro. No tengas prisa. La noche acaba de comenzar.

LA PRIMERA PRUEBA DEL APRENDIZ



Querido discípulo, antes de continuar hacia el siguiente capítulo, quiero que hagas algo. No busques una respuesta perfecta. No intentes quedar bien contigo mismo. Y, sobre todo, no escribas aquello que crees que deberías sentir. Busca la verdad.

Toma un cuaderno. Será tu **Cuaderno del Aprendiz**. A partir de ahora, algunas de mis enseñanzas necesitarán ser respondidas por ti. Escribe, sin detenerte demasiado a pensar:

1. ¿Quién creo que soy actualmente?

Describe cómo te definirías si alguien te preguntara quién eres. Después escribe:

2. ¿Quién era yo hace diez años? ¿Qué te ilusionaba? ¿Qué querías conseguir? ¿Qué personas formaban parte de tu vida? ¿Qué cosas te hacían sentir vivo?

Y finalmente:

3. ¿Qué parte de aquella persona ya no existe en mí?

No intentes recuperarla. Simplemente obsérvala. Cuando termines, escribe una última frase: «quizá no estoy perdido. Quizá estoy cambiando porque...» Completa la frase. Guarda lo que has escrito. No vuelvas a leerlo todavía. Esta es tu primera página como aprendiz.



CAPITULO 2. LA NOCHE EN LA QUE DESAPARECEN LOS CAMINOS



Aprendiz...ahora que has reconocido que algo ha cambiado dentro de ti, quiero hablarte de uno de los momentos que más miedo produce al ser humano: cuando desaparece el camino.

Imagina que caminas por un bosque al anochecer. Conoces el sendero. Lo has recorrido muchas veces. Sabes dónde está el viejo roble. Sabes dónde cruza el arroyo. Sabes dónde la tierra se vuelve húmeda. Sabes incluso dónde suele aparecer la primera estrella entre las ramas.

Pero aquella noche sucede algo extraño. La niebla desciende. La oscuridad aumenta. Miras hacia delante... y el sendero ya no está. Miras hacia atrás... y tampoco puedes verlo. Entonces aparece el miedo. «¿por dónde sigo?»

Esta pregunta puede convertirse en una de las experiencias más profundas de una vida.

Porque mientras sabes hacia dónde ir, puedes caminar incluso con cansancio. Pero cuando no sabes hacia dónde ir, hasta el movimiento más pequeño puede parecer imposible.

Esto ocurre cuando una persona entra profundamente en la noche oscura del alma.

De pronto, los mapas antiguos dejan de servir. Aquello que antes funcionaba ya no funciona. Las respuestas de ayer no responden a las preguntas de hoy. Las antiguas certezas pierden fuerza. Y el aprendiz comienza a pensar: “he perdido mi camino”.

Pero escucha atentamente: quizá no hayas perdido el camino. Quizá **el camino antiguo haya terminado**. Existe una diferencia enorme.

Cuando un sendero desaparece porque ya no conduce al lugar al que debes llegar, insistir en encontrarlo no es perseverancia. Es resistencia.

He visto a seres humanos permanecer durante años junto a puertas que ya no conducían a ninguna parte. Relaciones terminadas. Trabajos que habían dejado de tener sentido. Creencias heredadas. Ambiciones que ya no les pertenecían. Versiones de sí mismos construidas para satisfacer a otros.

Y siguen golpeando aquella puerta: “tiene que volver a funcionar”, “tiene que ser como antes”, “tengo que recuperar lo que tenía”.

Pero el bosque no siempre devuelve los caminos antiguos. A veces te obliga a descubrir otros. Eso es lo que más cuesta aceptar. Porque el ser humano prefiere un camino conocido, aunque le haga sufrir, antes que un camino desconocido que pueda llevarlo hacia una vida diferente.

El miedo tiene esa habilidad. Puede convertir una jaula conocida en un lugar aparentemente seguro. Por eso quiero enseñarte una antigua ley de la magia: aquello a lo que te aferras con desesperación termina poseyéndote.

No estoy diciéndote que abandones aquello que amas. No. El amor verdadero no exige que destruyas aquello que amas. Pero sí debes aprender a distinguir entre amar y aferrarte; entre elegir y temer; entre permanecer porque deseas permanecer y permanecer porque tienes miedo de marcharte.

Son cosas muy diferentes. En las antiguas tradiciones, el aprendiz no recibía siempre un mapa. A veces recibía una antorcha. Y eso era suficiente. Porque la antorcha no iluminaba todo el bosque. Solo iluminaba los siguientes pasos.

Ese es uno de los grandes secretos de la vida. No necesitas conocer todo el camino. Necesitas ver el próximo paso. Uno. Después otro. Y después otro.

El ser humano sufre muchas veces porque quiere conocer hoy el final de una historia que todavía está escribiendo: “¿qué será de mí dentro de cinco años?”, “¿volveré a ser feliz?”, “¿encontraré otra persona?”, “¿conseguiré mi propósito?”, “¿tendré éxito?”

Quieres respuestas. Pero yo te pregunto: ¿para qué quieres conocer el final si todavía no has aprendido a caminar el presente? Los antiguos druidas observaban los ciclos. Sabían que el roble no preguntaba cuándo llegaría la primavera. El río no preguntaba dónde terminaría antes de comenzar a fluir. La luna no necesitaba saber cómo sería el cielo dentro de mil noches. Cada cosa cumplía su ciclo. Cada cosa avanzaba.

Y tú también. Incluso cuando crees estar quieto. Porque hay movimientos que no pueden verse desde fuera. Una semilla enterrada parece inmóvil. Pero bajo la tierra está ocurriendo una revolución. La corteza se rompe. Las raíces comienzan a buscar. La estructura anterior cambia.

Y si alguien desenterrara la semilla en ese momento podría pensar: “ está destruida “. No. Está naciendo.

No confundas transformación con destrucción. Esta frase merece un lugar en tu memoria. Porque durante la noche oscura del alma puedes sentir que todo se está desmoronando. Pero quizá lo que se está desmoronando no seas tú. Quizá sea la estructura que te impedía crecer.

Por eso, cuando desaparezcan los caminos, no corras desesperadamente buscando otro. Detente. Respira. Mira el suelo. Mira los árboles. Escucha el viento.

Pregúntate: “ ¿ qué me está intentando enseñar esta noche? “ No: “¿ cómo hago para que termine? “ Sino: “ ¿qué ha venido a mostrarme? “

Ahí comienza la verdadera magia. Porque la magia no consiste en obligar a la realidad a obedecer nuestros deseos. La magia comienza cuando aprendemos a leer aquello que la realidad nos está mostrando.

El aprendiz que solamente quiere cambiar las circunstancias todavía no comprende el arte. El aprendiz que empieza a preguntarse qué puede aprender de ellas ha comenzado a despertar.

Y habrá noches en las que no encontrarás ninguna respuesta. También eso forma parte del aprendizaje. No desesperes. A veces el bosque guarda silencio porque todavía no estás preparado para escuchar.

Y aquí llegamos a una de las enseñanzas más difíciles que recibirás de mí. Hay preguntas que solamente pueden responderse después de haber vivido la pregunta. No antes.

Puedes leer cien libros sobre el amor y no comprenderlo hasta que hayas amado. Puedes leer cien libros sobre la pérdida y no comprenderla hasta que hayas perdido. Puedes estudiar durante años el valor y no saber si eres valiente hasta que la vida te coloque delante del miedo. Y puedes leer este libro entero y seguir sin comprender completamente la noche oscura del alma.

Porque algunas verdades no entran por los ojos. Entran por la experiencia. Por eso no tengas prisa. No necesitas resolver tu vida esta noche. Necesitas aprender a permanecer contigo mismo mientras la vida encuentra su nueva forma.

Y cuando ya no puedas ver el camino...recuerda mi antorcha. No te prometo que iluminará todo el bosque. Solo te prometo que iluminará el siguiente paso. Y, a veces, aprendiz... eso es exactamente todo lo que necesitas.

LA SEGUNDA PRUEBA DEL APRENDIZ

Esta noche, o cuando encuentres un momento de tranquilidad, dibuja en tu cuaderno del aprendiz un camino. No tiene que ser bonito. En el lado izquierdo escribe: «DE DÓNDE VENGO». Y en el lado derecho: «HACIA DÓNDE CREO QUE QUIERO IR».

Entre ambos puntos dibuja el camino tal y como lo ves ahora. Después coloca sobre él tres obstáculos que actualmente sientas en tu vida. Pueden ser personas, circunstancias, miedos, hábitos, pensamientos, pérdidas o decisiones pendientes.

Ahora haz algo diferente. Al lado de cada obstáculo escribe:

“¿Qué podría estar enseñándome esto?” No tienes que encontrar una respuesta brillante. Incluso puedes escribir: “todavía no lo sé”. Eso también es una respuesta.

Cuando termines, observa tu dibujo durante unos minutos. Y pregúntate: “si no pudiera ver más allá de los próximos diez pasos, ¿cuál sería el primero?” “Ese será tu trabajo. No los diez. Solo el primero.



CAPITULO 3. EL SILENCIO DE LOS DIOSES



Bien querido aprendiz, ya estamos en el capitulo tres. Debo advertirte que llegamos a una de las partes más difíciles del viaje. La que muchos no quieren reconocer: **el silencio**.

Pero no estoy hablando del silencio de una habitación vacía. No hablo del silencio del bosque. No hablo del silencio de la noche. Hablo de otro silencio: el silencio que aparece cuando has pedido una respuesta... y nadie responde.

Has rezado. Has meditado. Has preguntado. Has llorado. Has esperado una señal. Has pedido ayuda a tus dioses, a tus maestros, al universo, a la vida, a tus antepasados o a aquello en lo que crees. Y nada. Silencio.

Entonces comienzas a pensar: “¿ me han abandonado? “, “ a caso nadie me escucha?”, “ he perdido mi conexión? “, “quizá nunca hubo nadie al otro lado?”

He visto a muchos aprendices abandonar su camino precisamente aquí. No porque hayan dejado de creer. Sino porque se cansaron de no recibir respuestas. Y puedo comprenderlos.

El silencio puede ser mucho más doloroso que una respuesta negativa. Cuando alguien te dice “**no**”, al menos sabes dónde estás. Pero cuando nadie responde, la imaginación llena el vacío.

Y la mente humana puede crear monstruos donde solamente existe silencio. Por eso escucha lo que voy a decirte querido aprendiz: **el silencio no siempre significa ausencia**. A veces significa espera. A veces significa transformación. Y a veces significa que la respuesta que estás esperando no puede ser pronunciada por otra persona.

Debe nacer de ti. Esta es una enseñanza antigua. Los maestros que realmente conocían los misterios nunca entregaban todas las respuestas a sus discípulos. ¿Por qué? Porque un maestro que responde absolutamente todo convierte al discípulo en dependiente. Y yo no he venido a hacerte dependiente de mí. He venido a enseñarte a caminar.

Si algún día necesitas mi voz para dar cada paso, entonces habré fracasado como maestro. Mi propósito no es que necesites a Merlín. Mi propósito es que descubras el Merlín que existe dentro de tu propia capacidad de observar, discernir, elegir y transformar.

Pero antes de comprender eso tendrás que atravesar el silencio. En la antigua alquimia existe una enseñanza que muchos olvidan. La transformación no ocurre solamente cuando el fuego arde. También ocurre cuando aparentemente **no ocurre nada**. La materia permanece. El recipiente permanece. El alquimista espera.

Y, sin embargo, debajo de aquella quietud se está produciendo una transformación que todavía no puede contemplarse. Así es también el alma.

Puedes pasar semanas, meses o incluso años pensando que nada está cambiando. Pero un día comprendes algo. Una idea que antes rechazabas comienza a tener sentido. Una relación que antes necesitabas deja de definirte. Una herida que creías imposible de tocar comienza a perder poder. Una vieja creencia se desprende. Un miedo disminuye. Una decisión que antes parecía imposible se vuelve clara.

Y entonces miras hacia atrás y comprendes: el silencio estaba trabajando. No era vacío. Era gestación.

La semilla no hace ruido cuando rompe su envoltura bajo la tierra. Pero está naciendo. Por eso quiero hablarte de algo que quizá te sorprenda. No tengas miedo de los períodos en los que no sientes nada.

No siempre necesitas experimentar señales, visiones, emociones intensas o respuestas extraordinarias. La espiritualidad no consiste en vivir permanentemente rodeado de fenómenos.

A veces la experiencia espiritual más profunda es simplemente sentarte contigo mismo y descubrir que puedes permanecer allí sin escapar. Eso también es magia. Una magia mucho más difícil que mover una vela, interpretar una runa o pronunciar una palabra antigua.

La verdadera magia comienza cuando eres capaz de permanecer presente ante aquello que no puedes controlar. Y ahora quiero que comprendas algo sobre los dioses. No importa el nombre que les des. No importa si los llamas dioses, universo, naturaleza, conciencia, espíritu, destino o de cualquier otra manera.

Hay una tentación humana que debes abandonar: la de creer que todo aquello que es superior a ti existe para concederte inmediatamente lo que deseas. No. El misterio no es un sirviente. La vida no es una máquina expendedora de deseos. La magia tampoco.

Puedes pedir. Puedes desear. Puedes formular una intención. Puedes trabajar con símbolos, rituales y palabras. Pero existe una parte del camino que ningún ritual puede recorrer por ti.

La parte en la que debes convertirte en alguien capaz de recibir aquello que estás pidiendo. ¿Quieres una vida diferente? Entonces quizá primero tengas que abandonar algunas costumbres.

¿Quieres amor? Quizá tengas que aprender a no confundirte con la necesidad.

¿Quieres abundancia? Quizá tengas que transformar la relación que tienes con el miedo y la escasez.

¿Quieres libertad? Quizá tengas que descubrir qué cadenas estás defendiendo tú mismo.

¿Quieres conocer la verdad? Entonces debes estar dispuesto a descubrir que alguna de tus certezas puede ser falsa.

Eso es lo que significa ser aprendiz. No venir a buscar solamente aquello que confirma lo que ya crees. Venir dispuesto a ser transformado.

Por eso, cuando llegue el silencio, no lo llenes inmediatamente. Quédate. Respira. Observa. Pregúntate: “ ¿ qué estoy intentando escuchar?” Y después: “ ¿ qué estoy evitando escuchar?”

La segunda pregunta puede ser mucho más importante. Porque algunas veces pedimos una señal mientras ignoramos la respuesta que ya conocemos. Sabemos que debemos marcharnos. Pero esperamos otra señal. Sabemos que debemos hablar. Pero esperamos otra señal. Sabemos que debemos perdonar. Pero esperamos otra señal. Sabemos que debemos comenzar. Pero esperamos otra señal.

Aprendiz...no conviertas la espera de una señal en una excusa para no vivir. Las runas pueden ayudarte a reflexionar. Los símbolos pueden abrir puertas de significado. La alquimia puede enseñarte a comprender tus procesos. La naturaleza puede mostrarte ciclos que la mente había olvidado.

Pero ninguna de esas cosas puede sustituir tu propia conciencia. Por eso, cuando el silencio llegue, no lo maldigas. Quizá sea la primera vez que el mundo deja suficiente espacio para que puedas escucharte.

Y quizá descubras algo extraordinario: que debajo del ruido siempre hubo una voz. No era la voz de los teléfonos. No era la voz de las noticias. No era la voz de quienes te juzgaban. No era la voz de tus miedos. Era una voz mucho más antigua. La tuya. Pero para escucharla tendrás que atravesar el bosque. Y ahora sabes algo que cuando comenzaste este viaje todavía ignorabas.

No siempre estás perdido cuando no encuentras el camino. No siempre estás abandonado cuando no recibes respuestas. Y no siempre estás roto cuando ya no reconoces a la persona que fuiste. A veces... estás comenzando a nacer de nuevo.

Ahora cierra los ojos durante unos instantes, aprendiz. No busques ninguna visión. No esperes ninguna señal. No invoques ninguna respuesta. Simplemente escucha.

Y si encuentras silencio...no tengas miedo. Porque quizá, por primera vez en mucho tiempo, el silencio no esté vacío. Quizá esté esperando que tú hables.

LA TERCERA PRUEBA DEL APRENDIZ

Esta prueba requiere algo más de valor. Busca un lugar tranquilo. No necesitas velas, música, incienso ni ningún objeto especial. No quiero que construyas una ceremonia. Quiero que construyas silencio. Siéntate durante diez minutos.

Deja el teléfono lejos de ti. No pongas música. No leas. No escribas. No intentes meditar correctamente. Simplemente permanece sentado.

Cuando aparezca un pensamiento, obsérvalo y déjalo pasar. Cuando aparezca una emoción, no la persigas ni la rechaces. Cuando aparezca inquietud, obsérvala. Cuando aparezca aburrimiento, obsérvalo.

Y cuando aparezca la necesidad de levantarte y buscar alguna distracción, pregúntate: “de qué estoy intentando escapar?”

Al terminar los diez minutos, abre tu Cuaderno del Aprendiz y responde solamente a estas tres preguntas:

¿Qué he sentido cuando todo quedó en silencio?

¿Qué pensamiento apareció con más fuerza?

¿Qué creo que estoy evitando escuchar?

No juzgues tus respuestas. No intentes interpretarlas. Simplemente escríbelas. Y debajo de ellas escribe: “hoy he aprendido que el silencio...” Completa la frase. Guarda esta página.

Algún día volverás a ella y comprenderás que aquella respuesta era solamente el principio. Porque ahora, aprendiz, ya has atravesado las primeras tres puertas del bosque. Has aprendido a mirar al desconocido que puede aparecer en tu propio espejo. Has aprendido que un camino puede desaparecer porque ha terminado su función. Y has descubierto que el silencio no siempre es abandono. Pero todavía queda una pregunta.

Una pregunta que ningún aprendiz puede evitar eternamente: ¿qué sucede dentro de nosotros cuando la antigua identidad comienza a morir? Para responderla tendremos que entrar todavía más profundamente en el bosque. Tendremos que descender al lugar donde los alquimistas antiguos encontraron la primera gran etapa de toda transformación. La oscuridad. La Nigredo. Y allí, aprendiz, comenzará nuestra verdadera obra.



